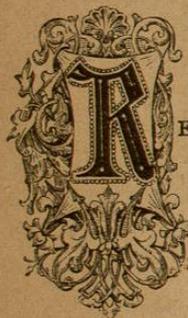


I



REINABA en el pueblecillo cierta zozobra angustiosa: los hombres volvian apresurados del trabajo ántes de tiempo, dejaban las herramientas en sus casas, y acudian en tropel á la taberna del tio Mal-alma. Las mujeres salian tambien azoradas, reuníanse en corrillos, tornaban á separarse, y con las cabezas en alto, como perro que rastrea, iban y venian en busca de noticias de la puerta de la taberna, á la del desmantelado caseron de D. Juan Sin-cara. Hallábase atado á una argolla de hierro, fija en la pared de éste, un magnífico potro cerrero, negro, con bocado y serreta en las dobles bridas,

silla vaquera, alforjas de camino detras, pistolas en el arzon delantero, y escopeta de dos cañones al costado derecho. Un grupo de chiquillos rodeaba al hermoso animal, que sacudia briosamente las crines y piafaba impaciente, como protestando de aquella violencia que le arrebatava su libertad. A su lado otro caballo fuerte, aunque poco airoso, huesudo, de esos que en Andalucía suelen usar los vaqueros y aperadores de cortijo, llevaba con paciencia aquellos mismos arreos, mitad rústicos, mitad guerreros, y daba con su inmovilidad lecciones de sumision á su indómito vecino.

Preguntas ansiosas, respuestas entrecortadas, y exclamaciones de sorpresa, de temor, de odio y de esperanza, circulaban por todas las bocas, unidas siempre á un nombre extraño: al nombre de Lopijillo.

—¡Lopijillo ha venido!—decian los hombres, con cierta mezcla de misterio, de temor y de esperanza.

Y al repetir este nombre las mujeres llenas de miedo, añadian con rabiosa saña:

—¡El demonio se lo lleve!... ¡Maldito sea!... ¿Y no habrá un rayo que lo parta?...

En la última casa del pueblo, separada de las restantes por un cohombal de melones, un hombre rechoncho y carilleno apoyaba la ro-

busta espalda en una añosa higuera plantada á la puerta, por cuyo tronco subia y se enredaba una verde parra, con aquella juguetona confianza con que rodea un niño los brazos al cuello del abuelo. Golpeábase maquinalmente con una varilla sus zahones de paño burdo, como sacudiéndoles el polvo, pero disimulando en realidad el mal humor que se retrataba en su fisonomía bondadosa y hasta simple. De pié en el dintel de la puerta se hallaba una mujer de rostro enjuto y ojos vivísimos: tenia debajo del brazo un sombrero de hombre, y hacia calceta con cierta actividad febril, que revelaba bien á las claras la irritacion de su ánimo.

—¡Te digo que no irás, Juan Antonio!—decia con voz alterada. Ese D. Juan, que así le pega el *don* como á tí una mitra, y tu compadre Mal-alma, te van á perder... ¿Qué te va á tí ni te viene con que mande Rey ó mande Roque?... ¡Pues alma, de Dios, lo que no has de comer, déjalo cocer!

—¿Que no me va ni me viene?—replicó Juan Antonio. Pos mira que, cuando vengan los míos, ya te regodearás entónces... Como que me ha prometido D. Juan too el cortijo que linda con mi pejugar... ¡Y qué hermosos que están los trigos!... Cada espiga paece un roble, y cada grano como mi puño!... Verás cómo salimos

de apuros, y de éste lo comió por lo trabajao, que nos tiene siempre con el agua al cuello.

—¡Nuestro Padre Jesus me valga! —exclamó la mujer. Pues si ese D. Juan ó D. Mengue te lo ha prometido, anda y haz una raya en el agua del pozo, pa que te acuerdes de recogerle la palabra... Lo que él hará en cuanto se encarama al árbol, será darle un puntapié á la escalera... y cuidado no te saque del cuero las correas con que te azote... ¡Si irás tú á dejar por embustero á su Divina Majestá, que nos condenó á ganar el pan de cada dia con el sudor de la frente!... ¡Vaya un sinfundio!

—¿Pues y tanto rico que, como dice D. Juan, les luce el pelo sin hacer en too el santo dia más que su real gana?

—Anda, Juan, que si los pobres sudamos pa fuera, los ricos sudan pa dentro... ¿Pues no ves cómo á los más les sabe la miel á rejalgar, y andan siempre, la barba sobre el hombro, temiendo por sus dineros?... ¿Y pa qué hay pobres y ricos sino pa que se ayuden á entrar en el cielo?... Los ricos pagan la entrada con la limosna que dan, y los pobres con la paciencia que tienen; y si algun señoron tiene entrañas de piedra, su alma su palma; que Dios hay, y muerte, juicio, infierno y gloria... Con que, Juan, por los clavos de Cristo, que te dejes de ir á

casa de ese D. Juan de mis pecados, donde te llenan la cabeza de muñecos, y el corazon de hiel... ¡Tú, que eras una paloma, cuando no oías más sermones que los del señor Cura!...

—Ya te dije que he prometido ir, Catalina; y al buey por el asta, y al hombre por la palabra.

—¡Pero si esa palabra es para que tú mismo te pongas la sogá al cuello!... Si esa palabra...

La suya se heló en los labios de Catalina, al ver aparecer por la esquina de la casa un rostro ancho y aplanado como el de un perro de presa, sombreado por mechones de pelo entrecano que cubrian su estrecha frente. Fijó el recien venido sus ojos vizcos en el grupo que marido y mujer formaban, y dijo con voz chillona y cascada, como la trompetería de un órgano destemplado:

—Compadre... Andandito, que ya es la hora...

Catalina se plantó de un salto delante de su marido, y dijo resueltamente:

—Este no sale hoy, tío Mal-alma; con que ya se puede usted volver por donde ha venido.

Mal-alma dió dos pasos adelante, se cruzó las manos á la espalda, y dijo con mucha paz:

—¡Caramba, y qué súpita es V., comadre!

Y acercándose á Juan Antonio, que daba vueltas irresoluto á la vara que tenia en la

mano, añadió con la seguridad del que sabe la cuerda que pulsa:

—¿Se va V. á dejar tomar el pelo por una hembra, compadre?... ¡Vaya que es V. blando de boca!

—¿Yo? —exclamó fieramente Juan Antonio, que como todos los caracteres débiles no podía sufrir que se trasluciese su debilidad; y arrancando de manos de Catalina su sombrero calañés, que en vano procuraba retener ésta, se dirigió hácia el pueblo sin añadir palabra.

El astuto Mal-alma le siguió de cerca, diciendo con sorna á la buena mujer:

—Si teme V. que se pierda su hombre, le daré recibo, comadre...

—¡Lo que yo quiero es que no asome V. más por aquí esa cara de judío de Viérnes Santo, so desvergonzado!—contestó Catalina furiosa.

Mal-alma sonrió socarronamente, y se alejó canturreando:

Cuatrocientas mujeres
Seiscientos loros,
Arman una algazara
De mil demonios.

La relacion de la suma total con los sumandos de la seguidilla acabó de exasperar á Catalina, y se metió para dentro, dando tan tremendo portazo, que asustado el gato se encara-

mó en el tejado, las gallinas prorrumpieron en enérgicas interjecciones, el gallo las arengó en latin con un prolongado *¡propterea quooooo!*, y dando dos pasos al frente, se detuvo con una pata en alto, el pescuezo estirado, torcida la cabeza, brillante la mirada...

¡Caveant Consules!—dijo.





LEGÓ la noche, y una porcion de sombras fantásticas comenzaron á cruzarse por el pacífico pueblo: uno á uno salian de la taberna del tio Mal-alma sus parroquianos, como los murciélagos de su asqueroso nido, y despues de varias curvas estudiadas, desaparecian rápidamente, como si temiesen algun espionaje, por el negro boqueron de la casa de D. Juan Sin-cara. Hasta unos cincuenta hombres fuéronse reuniendo en un estrecho aposento bajo, que hacia más capaz un tabique derribado que lo separaba ántes de la cuadra, y allí, entre las pestes que consigo traian, y las pestes que allí encontraban de reserva, entre los vahos vinosos de alientos y chicotes, y los me-

fíticos del estiércol corrompido que aún quedaba por los rincones, entre los temores de grandes peligros y las esperanzas de grandes venturas, se aprestaron á recibir á Lopijillo, el ilustre demagogo de la ciudad, que iba á presentarles D. Juan Sin-cara, el demagogo sucursal de la aldea.

Susurrábanse grandes noticias: decíase que habia llegado la hora de dar el golpe definitivo, que Lopijillo traía en las alforjas la orden de liquidacion social, y que aquella noche seria la última en que los ricos durmieran tranquilos en sus palacios. El tio Mal-alma, Ganimedes de aquellos Padres Conscriptos, hacia circular mientras tanto un jarro de vino, que mantenía el entusiasmo, alejaba los temores, fortalecía la esperanza y despertaba la elocuencia.

Fecundi calices quem non fecere disertum?

Entró al fin, por el hueco de un pesebre que con la casa comunicaba, un hombre que no parecía hombre. Un sombrero hongo, de anchísimas alas, caído hasta las cejas, le ocultaba la frente: seguían debajo unas enormes gafas de cristales verdes, y arrancaba de éstas una barba negra y espesísima, bardal inculto, en cuyo centro se levantaba una nariz roma, diciendo, á modo de epitafio,—Aquí yace una cara.—Aquel era el famoso demagogo conocido en la

ciudad con el apodo de *El hombre ignoto*, y más á la pata la llana, en la aldea, con el de *D. Juan Sin-cara*, por no tener ninguna á la vista. Vestía siempre, y en todo tiempo, un cumplido gaban, en cuyos profundos bolsillos sepultaba maquinalmente las manos, cuando en el calor de la improvisacion le faltaba la frase, como si tuviese allí el depósito de sus conceptos: solíasalas entónces sacar y meter con actividad febril, sin encontrar la fugitiva idea, hasta que topándose en cambio con algun asqueroso terno, lo soltaba mondo y lirondo, para redondear el período y dar energía á la frase. Entró detras Lopijillo, el demagogo ciudadano, ilustre personaje, que en otro lugar daremos á conocer al público, en todo el esplendor de su gloria revolucionaria: en pos de ambos caminaba un tercer personaje, de polainas y marsellés, secretario rural de Lopijillo, que enarbolaba una bandera de flamante percalina roja.

Escalaron los tres una desvencijada tarima, que en el testero del Club-cuadra se levantaba, y en medio del más profundo silencio tomó la palabra Lopijillo, *improvisando* un trozo de elocuencia que habia aprendido de memoria en *La Guillotina—Diario para los ricos*.—Era llegado el momento: la hora de la justicia habia sonado para proletarios y poderosos, y los pa-

peles iban á trocarse. Con la flamígera antorcha de la civilizacion en la mano, habia recorrido él (Lopijillo) ciudades y aldeas, sacrificándose por el bien del proletario: hambres, frios, desnudeces, malos tratos y cuantos tormentos pueden inventar la tiranía y la Inquisicion para aherrojar al noble campeon del pueblo, los habia él sufrido... Pero aún queria sufrir más: aún no estaba saciada su sed de sacrificio. Habia llegado el momento de que España entera proclamase á un sólo grito la República Federal, y él estaba dispuesto á sacrificarse de nuevo, aceptando la candidatura de diputado, si ellos querian elegirle... Allí estaba la bandera roja, que él habia venido á entregarles con riesgo de muerte: una vez enarbolada en España, se procederia al reparto general de bienes entre los pobres. Los ricos usurpadores habian ya disfrutado bastante... En cuanto á él nada queria: le bastaba un cielo puro, un manso arroyuelo, una mata verde, y el espectáculo de la humanidad abrazándose á la sombra de un gorro frigio...

Una tempestad de gritos, aplausos, berridos y patadas estalló en el Club cuadra, evocando las sombras de aquellos sesudos machos, sus primitivos inquilinos, que tantas veces habian estremecido aquellas paredes con los ecos de

sus rebuznos y sus coces. Aquellos acentos guerreros, que tenian ya algo de las Termópilas, embargaron la voz á Lopijillo. Quiso continuar y no pudo: el vértigo sublime del entusiasmo le envolvió en su torbellino, y los mudos arranques de la oratoria griega y romana pasaron ante sus ojos. Marco Antonio, rasgando la toga de su amigo, para hacer ver al Senado las heridas recibidas en defensa de la pátria; Pericles, abrazando á Aspasia en el Areopago de Atenas, tambien callaron. Abrazóse, pues, en silencio al rojo pendon de percalina, y como los héroes de Klopstock, quedó inmóvil, mudo, abismado en el pensamiento de su inmortalidad, envuelto entre aquellos pliegues rojos, como un pollo desplumado en abundante salsa de tomate.

Entónces se adelantó D. Juan Sin-cara: quiso hablar, y dió sobre la menguada mesa un fuerte puñetazo. La sacra inspiracion brillaba en sus ojos hasta el punto de semejar sus gafas verdes dos farolillos á la veneciana, y con voz, que lo mismo parecia salir de las gafas, que de las narices, que del matorral de cerdas que cubria su boca, como cubren las telarañas la entrada de una cueva, dijo:

—¡Ciudadanos!... ¡Llegó la hora!... ¡La hora ha llegado ya!... ¡Ya ha llegado la hora!... ¡Yo

nada digo!... ¡Nada digo yo! ¡Yo no digo nada!... Porque habló este flamígero civilizador... este civilizador flamígero ha hablado... y á su lado soy yo... yo soy á su lado... un... un...

Y aquí D. Juan hundió ambas manos en los bolsillos, en busca del concepto que se le escapaba, las volvió á sacar, las volvió á meter, y encontrando al cabo una de las enérgicas interjecciones con que redondeaba las apódosis de sus períodos, con candidez federal, la soltó redonda.

El público quedó convencido: su entusiasmo traspasó entónces todas las barreras, y Lopijillo, vuelto en sí de su deliquio, vióse precisado á imponer silencio agitando una sonora esquila, que de la collera de Primoroso, gallardo macho cuyos lomos oprimia en sus expediciones don Juan Sin-cara, habia venido á servir en el Club-cuadra de campanilla al Presidente. Restablecida la calma, trazó Lopijillo el plan: la mañana siguiente era la designada para el levantamiento general de todos los buenos patriotas, y tocábales por el pronto á los presentes apoderarse de la Casa-Ayuntamiento, destituir alcaldes y concejales, y nombrar por sufragio otros nuevos. Fijóse la hora en que habian de acudir todos á la plaza del pueblo, con cuantas escopetas pudieran proporcionarse, y Lopijillo levantó

la sesión para volver á la capital, según dijo, ántes de que amaneciese aquel día de gloriosa y federal ventura. ¡Harto comprendia el demagogo que una vez desatado el viento en el mar, la tempestad se produce por sí sola!

Al despedirse Lopijillo, el entusiasmo venció á la prudencia, y todos en tropel acompañaron al ilustre jefe hasta la salida del pueblo. Frente por frente de la casa de Juan Antonio, montó al fin Lopijillo, con mil precauciones, en su magnífico potro cerrero, robado tres días ántes en cierto famoso cortijo. Forcejeaba el indómito animal, y á duras penas contenia con las dobles bridas su fogosidad el improvisado ginete, cuando por última señal de despedida, dió un entusiasta viva á la libertad...

Una voz de mujer, aguda como una saeta, contestó á este grito desde la casa de Juan Antonio, haciendo vibrar, en el silencio de la noche, todas las cadencias de la ironía y de la rabia:

—¡Trapalon!... ¿Viva la libertad?... ¡Pues aflójele las riendas al potrito!...





III



MANECIÓ, por fin, el suspirado día, y desde muy temprano se agrupaban en torno de la Casa-Ayuntamiento los tertulianos de don Juan Sin-cara, dejando traslucir en sus rostros preocupados, en sus miradas intranquilas, en sus diálogos sigilosos, esa inquietud que desasosiega el corazón del hombre, cuando se arriesga á una empresa que juega el todo por el todo. El tío Mal-alma, Mefistófeles de aquellos desdichados, discurría atizando el fuego de corrillo en corrillo, dejando caer aquí una brillante promesa, allá una hinchada bravata, más léjos una sacrílega chocarrería.

Sonaron, por fin, las doce en el reloj de la

iglesia, y con pasmo de todos los que no estaban en el secreto, oyóse, en vez del pausado toque del Angelus, un repentino y alborotado repique, que llevó á todos los rincones del pueblo la confusion y la alarma. Vióse al mismo tiempo aparecer repentinamente en lo alto de la torre, como en la caja de sorpresa el muñeco á impulso de un resorte, la estrafalaria figura de D. Juan Sin-cara, que, empuñando una bandera roja, la enarbolaba junto á la veleta, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Viva la República Federal!...

Este grito repitieron en la plaza todos cuantos en ella se hallaban... Mas no ya con aquellos grotescos acentos que habian resonado la noche ántes en el Club-cuadra de D. Juan Sin-cara: á lo cómico habia sucedido lo trágico, y las mil horrendas pasiones que agitan al hombre ántes de jugar la vida, se reflejaban ya en aquellos rudos semblantes, alejando todo lo ridículo para dar lugar á todo lo terrible. La ira, el furor, el espanto, la ansiedad, la ansiedad sobre todo, la pálida, la temblorosa, la terrible ansiedad que precede á todos los combates y á todos los crímenes, parecian hallarse suspendidas en aquellas fisonomías, esperando el primer grito, la primera humareda de pólvora para desbordar en todo su horror esa saña, que pre-

cipita al hombre en un charco de sangre, y le hace experimentar, al tefñirse las manos en ella, todos los sombríos deleites de la crueldad y la venganza... Porque la *negra mano de la reaccion*, como decia Lopijillo, habia tomado tambien sus medidas, y no bien resonó en lo alto de la torre el grito subversivo de D. Juan Sin-cara, cerráronse como por encanto las puertas de la Casa-Ayuntamiento, y aparecieron en sus ventanas los formidables tricornios de varios Guardias civiles, que allí mismo tenian su puesto, y las amenazadoras bocas de sus carabinas de dos cañones.

—¡Afuera todo el mundo!...—gritó el cabo.

Y una descarga cerrada ahogó este grito de intimacion entre el estruendo de la fusilería y los alaridos de rabia. La Guardia civil rompió entónces el fuego, y comenzó esa eterna tragedia, que se representa en el mundo desde que Cain tiñó sus manos en la sangre de Abel... ¡Allí estaban hermanos luchando contra hermanos, ansiosos de derramar una sangre estéril en frutos y fecunda en remordimientos, disputándose, como los beduinos del desierto, el hilito de agua turbia que brota entre las arenas, sin acordarse del manantial de aguas vivas que brota en el vergel de los cielos, único que puede apagar la sed del corazon humano! Un solo

espectador tenía aquel drama sangriento: el mismo que había puesto las armas en manos de aquellos infelices, y desaparecía en el momento del peligro, para aparecer de nuevo en la hora del triunfo, como el vil merodeador, que no se presenta en el campo de batalla hasta que sólo quedan en él cadáveres que despojar... Allí estaba D. Juan Sin-cara refugiado en lo alto de la torre, esperando el éxito de la lucha, y sintiendo, aún al abrigo de los gruesos muros, todos los terrores de la cobardía: pálido, acurrucado en los rincones de la escalerilla de caracol, tentábase maquinalmente todo el cuerpo á cada explosión que resonaba en la plaza, para cerciorarse de que estaba ileso, y á retazos acudían á sus labios algunas plegarias, que allá en el fondo de su corazón quedaban, como queda en el bote de esencias que ha rodado por mil basureros, algún rastro de su primer perfume.

Entretanto continuaba en la plaza el tiroteo, y ya la vista de la sangre derramada avivaba la rabia de las fieras humanas: ya el impío furor lanzaba ferocidades y blasfemias, con que parecían pelear las lenguas, al mismo tiempo que con las armas peleaban las manos... Mas de repente oyéronse en una de las calles laterales cánticos religiosos mezclados con alaridos confusos; y entre el estruendo de la lucha, y el

humo de la pólvora, y el asombro de los combatientes, desembocó en la plaza un numeroso grupo de mujeres desgrefñadas y llorosas, que, con velas encendidas en las manos, rodeaban la Imágen de Jesus Nazareno, patron del pueblo, llevada en hombros por seis de aquellas desventuradas... Allí estaba el Salvador, coronada de espinas la majestuosa frente, descolorido el hermoso semblante, fijando los severos ojos en la lucha de fratricidas, como si de sus cárdenos labios fuese á brotar aquella terrible pregunta: —¡Cain, Cain!... ¿Qué has hecho de tu hermano?...

Como de hielo quedáronse á tan inesperada vista cuantos en la plaza peleaban, y mientras con la una mano apretaban todavía las escopetas, descubríanse con la otra maquinalmente las cabezas, al mismo tiempo que asomaban lágrimas de ternura á sus ojos poco ha chispeantes de rabia, al reconocer en el lloroso grupo que rodeaba al Señor, como en otro tiempo las mujeres de Jerusalen, cuál á su madre, cuál á su esposa, cuál á las hijas de su corazón!... Una chispa faltaba tan sólo para que el fuego del entusiasmo y del arrepentimiento prendiese en los corazones de aquellos hombres irresolutos, que se sentían temblar como reos, ante la Imágen de Jesus, que como juez se les presentaba.

La maldad sacrílega del tío Mal-alma encendió esta chispa: vióse á este energúmeno echarse á la cara la escopeta, con sonrisa de demonio, apuntar á la Imágen, descerrajar un tiro, y desaparecer como un rayo por una cercana callejuela... ¡En el corazon del Señor fué á clavarse aquella bala sacrílega!... En aquel mismo corazon, que habia dictado entre las agonías de una muerte afrentosa, aquellas dulcísimas palabras:

—¡Perdónalos, Padre, que no saben lo que se hacen!

Entónces sucedió allí una cosa sin nombre: mil alaridos de horror, de entusiasmo, de amor, de espanto, gritos del alma, que parecian desgarrar los aires por todas partes, resonaron en todas direcciones, al mismo tiempo que los hombres arrojaban las escopetas y las mujeres las velas, y se precipitaban todos en tropel á la bendita Imágen, la rodeaban atropellándose, tendian hácia ella las manos, y querian abrazarla todos juntos, uno á uno, como si realmente tuviese vida aquel divino retrato, como si realmente temiesen ver espirar de nuevo, allí, á su vista, á impulsos de aquella bala, al Salvador de los hombres!... Abrióronse entónces las puertas de la Casa-Ayuntamiento, y sus defensores desarmados tambien mezcláronse con sus poco ántes enemigos encarnizados, y entre gri-

tos de entusiasmo y lágrimas de ternura acompañaron todos hasta su ermita, situada á la salida del pueblo, la Imágen de Jesus Nazareno, que, rodeado de aquella conmovida muchedumbre, parecia más que nunca el Buen Pastor volviendo al redil las descarriadas ovejas.

Llegaron entónces dos pastorcillos despavoridos, jadeantes, gritando con todas sus fuerzas, que allá abajo, en la carretera, habian visto el cadáver de un hombre. Y toda aquella multitud que, como impulsada por un mismo presentimiento se trasladó allí al punto, pudo contemplar, en efecto, tendido en el ribazo de una colina, el cadáver del tío Mal-alma. Tenia un balazo en el pecho, que le atravesaba el corazon, en igual sitio y de idéntico modo, que habia taladrado la bala de su escopeta la Imágen de Jesus Nazareno.

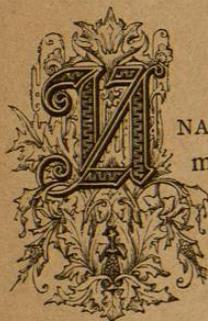
Nadie preguntó ¿quién? ¿cómo? ¿cuándo?... En el pavoroso silencio, que ata la lengua cuando la criatura humana ve patente el dedo de Dios, y por una especie de intuicion interior se da cuenta de su terrible presencia, sólo una exclamacion brotó de todos los corazones:

—¡Justicia de Dios!... ¡Justicia de Dios!





IV



NA sombra pálida se deslizaba miéntras tanto de la torre de la iglesia: no era el génio de las batallas, que viniese á aspirar el humo de la quemada pólvora, ni tampoco un vampiro que buscase moribundos para chupar su sangre tibia... Era D. Juan Sin-cara, que huía desalado hácia la zahurda, donde, en vez de volver á la capital, esperaban ocultos el éxito de la intentona, Lopijillo y su secretario. Allí llegó jadeante, sin aliento: como el griego de Maraton parece próximo á ahogarse; pero no es anunciando una victoria.

—¿Todo se ha perdido?—le preguntaron.

—¡Méenos la pelleja!—contestó D. Juan.

Y se hundió las manos en los bolsillos.

